

LOS CORTIJOS VACÍOS

Los vemos a cada paso porque hay infinidad de ellos repartidos por el terreno, y cualquiera que emprenda un viaje a través de la comarca descrita, ya por carretera o por caminos vecinales, puede contemplarlos a docenas jalonando el paisaje a un lado y otro de la ruta, como fantasmas petrificados de un ayer que parece lejanísimo, pero que en realidad está mucho más próximo de lo que sugiere la apariencia. Hace apenas medio siglo, todos esos cortijos desperdigados por el campo, que hoy aparecen vacíos, estaban llenos de gente. Se vaciaron casi de golpe, en cuestión de diez o quince años, y no porque el campo se hiciese de pronto inhabitable, sino por una tremenda falta de imaginación de los políticos de entonces que alentaron el abandono masivo del medio rural, sin pensar en las consecuencias que tendría tal disparate medio siglo más tarde.

Todo empezó cuando, al término de la segunda Guerra Mundial, nuestros políticos decidieron que España debía industrializarse a toda costa para poder entrar en el círculo de los países desarrollados. La idea era estupenda, justo es reconocerlo, e incluso necesaria para que nuestro país dejara de parecer

una prolongación de Africa, y terminara por parecer una prolongación de Europa. Un proyecto ambicioso y digno se mire como se mire.

Lo que no fue acertado, en cambio, fue la manera de llevar a la práctica este ambicioso proyecto de industrializar España. Aquí, por esa falta de imaginación antes aludida, con vistas al futuro, se cometió un error garrafal, cuyas consecuencias ya empezamos a sufrir; y estamos solo al principio.

Para el ambicioso proyecto de industrializar el país, eran necesarios hombres y máquinas, es decir, lo que en “jerga” económica se denomina mano de obra y equipo, y se inició el acopio de ambas cosas a un ritmo febril e improvisado.

El hacerse de equipo y asistencia técnica era cuestión de divisas, y el hacerse de mano de obra era cuestión de tomarla de donde la había en abundancia, o sea, del campo, que contaba con una reserva imponente de brazos que no estaban tan parados como se decía, pero que estaban allí.

Ni que decir tiene que la puesta en marcha del proceso exigía un enorme volumen de capital.

concretamente divisas, que también se tomaron de la fuente que más producía, que era el campo.

Con el espejismo de la industrialización como panacea milagrosa, se llegó a crear la imagen de que el campo y el medio rural era un lastre del pasado que no servía para nada.

Un ingenioso político de entonces tuvo la luminosa ocurrencia de lanzar aquel famoso latiguillo de "En el campo sobran brazos que la industria reclama", y la dichosa frase hizo historia. Los campesinos comenzaron a tomar en serio aquello de que la industria los reclamaba y emprendieron con el mayor entusiasmo el éxodo masivo hacia los centros industriales que comenzaban a surgir, donde se les prometía una vida mucho más alegre y confortable que en el campo.

En la ciudad las casas disponían de agua corriente y electricidad, había escuelas e institutos para los hijos, y cines, teatros y lugares de esparcimiento para disfrutar y vivir como personas. En definitiva, la ciudad venía a ser como la tierra de promisión para salir de la esclavitud y el atraso del campo, y todos los campesinos renegaron del terruño y emprendieron la marcha hacia las grandes ciudades.

La desbandada del campo fue de tal magnitud, y tan de golpe, que los incipientes centros industriales de entonces fueron incapaces de digerir la avalancha de emigrantes, y las grandes ciudades se vieron enseguida rodeadas de espesos cinturones de chabolas destinadas a dar una falsa sensación de cobijo a miles de criaturas que materialmente no cabían dentro de los cascos urbanos.

El problema de la vivienda fue la primera y más cruda decepción que sufrieron los campesinos que emigraron ilusionados a la ciudad, creyendo que la ciudad era la antesala del paraíso terrenal.

En las ciudades no había viviendas vacías, y lo mejor que se podía conseguir, con mucha suerte,



era una habitación realquilada con derecho a cocina, o una miserable chabola en el extrarradio, que era peor que una choza del campo, y por la que también había que pagar un subido alquiler. Naturalmente, en las chabolas no había agua corriente y, en la mayoría de ellas, ni siquiera electricidad. Es decir, que la misma falta de comodidades que les hacía renegar del campo, las encontraban ampliadas en la ciudad, pero con el agravante de que allí les faltaba el amplio y luminoso campo. El cambio no resultaba tan ventajoso como lo habían imaginado.

La única ventaja aparente era que la ciudad ofrecía la oportunidad de ganar un jornal seguro, si se tenía la suerte de encontrar trabajo estable, pero en el fondo era una ventaja ficticia, porque si el jornal era seguro y fijo, los gastos de estancia eran mucho más seguros aún, más fijos, y bastante más elevados que en el campo, y el final de la cuenta era que se sacaba lo comido por lo servido, y que lo comido era más caro e infinitamente peor que lo que se comía en el aborrecido campo.

Los pobres campesinos emigrantes no tuvieron más remedio que ir acostumbrándose a llenar el estómago de sopas sintéticas en sobres y de bocadillos comidos con prisa, porque en la ciudad era tan preciso y valioso el tiempo para ganar la comida que luego no se podía desperdiciar una hora para comerla.

Cuando los emigrantes se dieron cuenta de la equivocación y de la trampa en que habían caído al meterse en la gran urbe, ya era tarde para volverse atrás. El que más y el que menos había comenzado a echar raíces en la ciudad, y lo que era peor, había comenzado a perder también sus viejas raíces del terruño abandonado. La mayoría se empeñó por muchos años en la compra de una vivienda y, así, todos habían aprendido un nuevo oficio que en el campo no tenía aplicación.

Casi la totalidad de los campesinos atraídos por el espejismo de las ciudades acabaron convertidos

en peones de la construcción. Era el escalón inicial de una hipotética redención de la esclavitud del campo. Había otros muchos escalones para ascender a la ansiada meta, pero eran oficios más complejos que requerían un mayor tiempo de aprendizaje, y lo importante era integrar lo antes posible a estos esclavos liberados del campo en el movimiento arrollador de la industria, que era más rentable para el país.

Para conseguir con la máxima rapidez esta integración, el Gobierno patrocinó infinidad de cursillos de adiestramiento, que en dos o tres meses transformaban a un campesino en operario de industria. Sin embargo, lo que en realidad se conseguía con aquellos cursillos de adiestramiento era convertir a un buen labrador en un mal aprendiz de un oficio distinto, y esto se conseguía teóricamente en tres o cuatro meses de adiestramiento. Si la cosa hubiera tenido que hacerse al revés, es decir, transformar en labradores, hortelanos o pastores, a gentes de otros oficios, los cursillos de adiestramiento habrían durado años para obtener un mediano resultado. El oficio de trabajar y hacer producir a la tierra es más complicado y requiere un aprendizaje bastante más largo.

Lo imperdonable del caso, lo repito una vez más, fue la falta de imaginación de los gobernantes que propiciaron este estúpido abandono del campo en aras de la industrialización.

La ansiada industrialización pudo haberse realizado exactamente igual, y por supuesto con un coste infinitamente menor, invirtiendo los términos de aquel dichoso slogan: "En el campo sobran brazos", por otro más inteligente y práctico que podía haber sido: "En el campo faltan industrias", que era en el fondo la realidad del caso.

Hubiera sido más sensato, más económico, más humano, y a la larga, mucho más rentable, llevar la

industria a donde estaban los hombres, que llevar los hombres a donde aún no estaba la industria. Se habrían conseguido así los mismos objetivos de industrializar el país y elevar el nivel de vida de la población en general, pero sin el coste de arruinar a millares de pueblos pequeños.

Nadie cayó en la cuenta que el mito de la industrialización y la creación de bienes de consumo tenía un límite a más o menos plazo, y que cuando el ritmo de producción superase el ritmo de consumo, tendría que producirse un colapso de la industria de consecuencias desastrosas. Esas consecuencias ya las está sufriendo el país con el tremendo lastre de dos millones y pico de parados, que se amontonan hoy en las zonas industriales sin la más remota esperanza de salir de su agobiante situación.

De haberse realizado el experimento al revés, es decir, llevando la industria a donde estaba la mano de obra, las consecuencias de la crisis industrial, que irremediamente tenía que producirse, hubieran sido menos dolorosas.

Puede que hoy tuviésemos la misma escalofriante cifra de parados, porque la crisis hubiera afectado igual a una industria concentrada en unos pocos "polígonos industriales" que a una industria dispersa por toda la geografía del país. Pero es muy distinta la situación de un obrero parado en un centro industrial, lejos de su tierra y de su entorno de origen, a la situación de ese mismo obrero parado en su propio pueblo y entre los suyos. Y no es solo distinta la situación en el aspecto económico, sino también en el aspecto social, y lo que es mucho más importante, en el aspecto de equilibrio moral y espiritual. En tierra propia nadie se siente nunca totalmente desamparado y solo.

Otro resultado de la improvisación ha sido la creación de infinidad de pueblos muertos y pueblos agonizantes repartidos a lo largo y ancho de la

22



geografía española. Se cuentan por docenas los conjuntos urbanos, villas, aldeas y caseríos que se han quedado sin población, abandonados totalmente como si sobre ellos hubiese pasado una epidemia de muerte. Parecen cementerios de calles y casas. Otros muchos que han podido resistir vivos son como enormes asilos de ancianos que solo esperan para morir como pueblos a que se mueran los últimos ancianos que en ellos habitan.

Si esta emigración masiva a la nueva tierra de promisión de las grandes ciudades fue capaz de despoblar pueblos enteros, que al fin y al cabo ofrecían a sus habitantes un nivel de vida organizado, al menos por contar con los servicios mínimos indispensables, ¿cuál no sería su efecto en el ámbito rural puro, es decir, en el campo pelado y mondo, donde solo había casas aisladas carentes de todos los elementos del progreso que simplifican las tareas cotidianas y hacen la existencia de las personas más llevadera?

El efecto para el campo fue el abandono absoluto de miles y miles de casas, que hoy aparecen vacías y silenciosas como nidos viejos que el tiempo va destruyendo poco a poco.

En todas las provincias españolas hay casas diseminadas en el campo, pero es evidente que en ninguna abundan tanto como en las tres provincias del sureste, Alicante, Almería y Murcia, y de forma destacada por su notable densidad, la zona que comprende la mitad sur de la provincia de Murcia y la mitad norte de la provincia de Almería, zona que es sin duda el campo de secano con más casas en pie de toda España.

La razón de esta abundancia de edificaciones aisladas, "cortijos" como se les llama en la comarca, no sabemos si obedece a la benignidad del clima que permite vivir en el campo en todo tiempo, o al espíritu independiente de los pobladores de la zona, que pudiendo agrupar las casas y formar pueblos como

hacen en Castilla y en La Mancha prefieren sembrarlas a voleo sobre el terreno para vivir aislados, pero totalmente libres de la ingerencia de vecinos. Lo cierto es que los "cortijos" están allí, por centenares, dominando cada uno su finca o parcela, y que su crecido número no guarda proporción en modo alguno con los posibles recursos del terreno en que se asientan.

Al contrario, el terreno de esta comarca, si bien no es tan escabroso como en otras, si es en cambio extremadamente pobre y seco: lo primero como consecuencia directa de lo segundo. Porque llueve poco, y lo poco que llueve, cuando no es a destiempo para poco provecho de las cosechas, es de mala manera para dañarlas o arrasarlas. Y lo de llover poco y mal no es cosa de hoy, ya que la comarca en cuestión se ha distinguido siempre por su pertinaz sequía. No en vano ostenta el récord de precipitaciones mínimas no sólo de España, sino de toda Europa, que ya es decir.

Concretamente, la parte oriental de la provincia de Almería, en una faja de terreno que comprende de Pulpí a Cabo de Gata, adentrándose unos cuarenta kilómetros al interior, se encuentra la porción europea que menos lluvia recibe al año.

A pesar de la eterna sequía, los cortijos abundan de tal modo, que aún recorriendo la zona por los lugares más abruptos y de difícil tránsito, es casi imposible hacer un tramo de camino perdido entre cerros y barrancos sin tener al alcance de la vista una casa o cortijo solitario vigilando nuestros pasos. Porque estos cortijos de parajes aislados y de difícil acceso se encuentran, por lo general, situados siempre en lugares altos, dominando el terreno a los cuatro vientos, a modo de vigías permanentes de la propiedad que se extiende a sus pies.

Los hay de todos los tamaños y de las más diversas formas, como si sus constructores, a la par que

construían casas para vivir, hubiesen querido ensayar todas las posibilidades de una arquitectura caprichosa e infinita en sus formas. Y podemos verlos campeando en un llano, encaramados en lo alto de cerros, pegados como lapas en las laderas de los barrancos, asomados a los cortados de las ramblas secas, y en los lugares más insospechados. Algunos se alzan en emplazamientos tan inverosímiles, por no decir extravagantes, que al verlos se puede pensar que están allí porque surgieron del terreno de modo espontáneo, de igual forma que nace una atocha o una tapadera. La razón fría se resiste a veces a explicar de otro modo la existencia de esos cortijos absolutamente aislados que se ven blanquear en lo alto de las sierras, o sobre cerros pelados rodeados de barrancos aparentemente inaccesibles.

Al contemplar desde el llano esos cortijos de sierra situados a tan increíble altura, es forzoso pensar que sus moradores tenían por fuerza que ser unos auténticos anacoretas, con un contacto mucho más directo con el cielo que con la tierra.

La inmensa mayoría de todos esos cortijos diseminados por el campo de la comarca a que me refiero están hoy vacíos, abandonados totalmente. Muchos de ellos ya aparecen con las puertas y ventanas arrancadas o abiertas de par en par, que es el preludio cierto de su inevitable destrucción. Porque cuando una casa se queda sin puertas, con los huecos abiertos a todas la inclemencias, es señal de que está muerta.

Estas casas del campo ya muertas, y las que están agonizando y en trance de morir a plazo más o menos largo, llevan muchos años vacías, y como ya nos hemos acostumbrado a verlas así, sin rastro de vida, casi nos parece natural que estén abandonadas y que no haya nadie en ellas. Es más, para el viajero espectador que cuente menos de medio siglo de vida, y contemple este panorama de cortijos desiertos, lo difícil será hacerle creer que esos edificios hoy

cerrados o en ruinas estuviesen alguna vez abiertos y llenos de gente, y que, pese a su apariencia hoy tan poco acogedora y casi hostil, fuesen en su día viviendas familiares, y que sus paredes y techos descarnados dieran cobijo y calor de hogar a varias generaciones de criaturas.

Pero admitiendo que llegase a aceptar el hecho de que los cortijos estuvieron algún día habitados, lo que no acabará de comprender ese espectador de nuestro tiempo, que cuente con menos de cincuenta años, es el por qué vivía la gente en tales parajes. Hoy no se concibe que las personas, por muy atrasadas que fuesen, pudieran resignarse a vivir en descampados tan inhóspitos y faltos de toda comunicación y asistencia. Pero aún en el supuesto de dar por sentado que hubiese personas con el suficiente valor para hacerlo, surge entonces una inquietante pregunta de más difícil respuesta: ¿Cómo podían vivir y de qué vivían en un paraje de tan pocos recursos?

Es casi imposible comprenderlo si enfocamos la respuesta a esta pregunta bajo el punto de vista de la forma de vida actual, que es a fin de cuentas el único punto de vista que forzosamente ha de utilizar toda persona que cuente con menos de medio siglo de vida, por la sencilla razón de que no dispone de otra referencia para juzgar.

Para comprender el misterio de cómo y de qué podían vivir las personas en esos cortijos aislados y aparentemente faltos de los más elementales recursos es necesario enfocar la cuestión desde lejos, tomando terreno del tiempo, y tener en cuenta que en corto período de sólo cuarenta años, los transcurridos desde 1940 a 1980, la forma de vida ha evolucionado de un modo tan radical en España que apenas queda el recuerdo nebuloso de cómo se vivía antes de que esta violenta evolución desterrara costumbres y trastocara hábitos de comportamiento.

Es evidente que hoy día se vive de forma muy distinta en las ciudades grandes, en los pueblos y en

las aldeas, a como se vivía hace medio siglo, y ni que decir tiene, que este tifón de cambio afectó también al campo, y además de una forma arrasadora, ya que su efecto fue simplemente dejarlo despoblado. De aquí que haya tantas casas vacías y abandonadas.

Sin embargo, si enfocamos el problema situándonos al otro lado de ese lindero de los últimos cincuenta años transcurridos, veremos que el paisaje se aclara con la perspectiva, y que el misterio de la vida en esos cortijos aislados del campo no es tan impenetrable como aparenta ser al tratar de encajarlo en el marco de vida actual, y mucho más si ese marco es el de la vida en las ciudades, donde la evolución ha hecho tabla rasa con todas las tradiciones y hábitos del pasado.

Hay pues, que retroceder en el tiempo e indagar, o imaginar, como vivían nuestros padres y, sobre todo, como vivían nuestros abuelos, tanto en el medio urbano como en el medio rural, para llegar a comprender cómo se podía vivir en esos cortijos abandonados que hoy nos parecen imposibles de habitar por personas dotadas de sentido común.

En su tiempo, todas esas casas o cortijos hoy vacíos eran perfectamente habitables, y todas fueron intensamente habitadas con el mismo sentimiento de hogar propio y el mismo amor con que hoy se habita una casa en el pueblo, y por descontado, con mucho más calor y afecto del que puede sentirse al habitar un lujoso apartamento en la gran ciudad, donde hasta el aire hay que compartirlo con los vecinos por los seis costados. De no ser así, no tendría explicación lógica la existencia de esos cortijos, ya que está perfectamente demostrado que no nacieron espontáneamente en el terreno como los arbustos, ni cayeron ya construidas de las nubes como bolas de granizo. No, no hay nada de eso. Todas esas casas que hoy vemos abandonadas fueron levantadas piedra a piedra por sus antiguos propieta-

rios y primeros moradores, poniendo en la obra su esfuerzo físico, su dinero y, lo que era mucho más importante, un enorme caudal de ilusiones y de esperanzas en el porvenir. Ilusiones y esperanzas de crear un hogar propio sobre un terreno también propio, lo que era algo así como fundar un reino, y soñar que aquel terreno pobre y hasta entonces descuidado podría convertirse con el correr de los años en un vergel lleno de promesas para el futuro.

La tierra necesita los brazos y el calor de las personas para producir, y el hombre, a su vez, necesita el calor del hogar para sentirse plenamente ligado a la tierra que lo rodea. Por eso, todo hombre del campo de entonces que lograba el supremo objetivo de hacerse dueño de un trozo de tierra, ya fuese por compra o por herencia, lo primero que hacía en cuanto disponía de medios, era construirse la casa, su cortijo, para vivir sobre su propia tierra como un rey sobre su reino.

Esto explica la enorme abundancia de casas vacías que hay diseminadas por la zona a que me refiero: casas que forzosamente fueron habitadas desde el momento en que terminó su construcción. Porque los cortijos, al igual que las conchas de caracoles que se ven vacías en el campo, no pudieron formarse y adquirir su desarrollo sin tener vida dentro. Es más, casi podría afirmarse que los cortijos nacían y se desarrollaban de igual forma que se desarrollan las conchas de los caracoles, añadiendo cada día a la obra primitiva nuevos esfuerzos y materiales para ir agrandando poco a poco el espacio habitable de acuerdo con las necesidades.

Si al hacer un recorrido por el campo nos fijamos detenidamente en los cortijos que nos salen al paso, observaremos que son muy raros los cortijos viejos construidos de una sola vez. Casi todos ellos muestran claramente un núcleo principal de obra primitiva y diferentes añadidos de época posterior que vienen a ser como adherencias. Unas veces, estos añadidos o

ampliaciones se presentan encima de la obra original; otras aparecen en los costados, y otras pueden encontrarse en la parte posterior. Y es precisamente esta forma de añadir a capricho nuevos trozos de obra, que descomponen la unidad primitiva, lo que da a los cortijos su carácter particular, e incluso su gracia, pero sobre todo su infinita variedad de formas. Veremos muchos cortijos más o menos parecidos, pero será difícilísimo, por no decir imposible, encontrar dos que sean exactamente iguales por dentro y por fuera. Sería mucha casualidad.

La razón de tal diversidad de volúmenes y formas obedece simplemente al hecho de que estas casas se levantaban sin ajustarse a ningún plano o proyecto. A la buena de Dios, como suele decirse. Sin otro plan que el amoldarse a las necesidades o capricho del propietario, y a las correcciones técnicas del maestro albañil que dirigía la obra; esto en los casos en que intervenía el tal maestro albañil, que no era en todos.

Para lo único que se tenía en cuenta cierta norma, era para las medidas de separación de las paredes maestras que fijaban la anchura de las habitaciones, pero esto no se hacía para ajustarse al plano o cumplir una ordenanza administrativa, sino por la imperiosa necesidad de tener que someterse a las medidas fijas de las maderas para techar, las cuales venían cortadas a unos largos standar que era forzoso tener en cuenta. Sin embargo, una vez salvada esta ligera imposición del largo de las maderas, ("colañas", en el lenguaje vulgar) el resto de la obra podía seguir todas las trazas que fuesen capaces de imaginar sus constructores.

